

# Las elecciones de 2004 y la opinión pública norteamericana

**Noam Chomsky\***

\* *Profesor  
de Lingüística,  
Massachusetts Institute  
of Technology (MIT),  
Cambridge  
Estados Unidos.*

*Traducción: Atilio Boron*

---

Las elecciones de noviembre de 2004 han sido objeto de un gran debate, produciendo exultación en algunos sectores, desesperación en otros y un lamento general por la "nación dividida". Las mismas habrán de tener posiblemente consecuencias políticas especialmente dañinas en el ámbito interno y para el resto del mundo, habida cuenta de la "transformación de la cuestión militar" en los Estados Unidos, la cual ha llevado a algunos destacados analistas de temas estratégicos a alertar sobre el "desastre definitivo" y a confiar en que el militarismo y la agresividad estadounidenses sean enfrentados por una coalición de países amantes de la paz, liderados por... ¡China! (Steinbrunner y Gallagher, 2004). Hemos arribado a un verdadero berenjenal cuando tales palabras son expresadas en las revistas más respetadas y serias. Esto también dice algo acerca de la desesperanza de estos autores acerca del estado de la democracia norteamericana. En cuanto a si la evaluación está justificada, es un tema que le compete determinar a los activistas.

Si bien significativas en cuanto a sus consecuencias, las elecciones nos dicen muy poco acerca del estado del país o sobre el ánimo popular. Sin embargo, existen otras fuentes de las cuales podemos aprender sobre ello y sacar importantes lecciones. La opinión pública en Estados Unidos está sometida a un intensivo monitoreo, y si bien siempre se requiere precaución y cuidado en la interpretación de los datos, los estudios sobre ella ofrecen valiosas claves interpretativas. Por eso se entiende que sus resultados, que son públicos, se mantengan alejados del escrutinio general por las instituciones encargadas de resguardar la pureza de las creencias e ideas sociales. Esto es válido aun para importantes y muy informativos sondeos de opinión pública divulgados inmediatamente antes de las elecciones, especialmente por el Consejo para las Relaciones Internacionales de Chicago (*Chicago Council on Foreign Relations, CCFR*) y el Programa Sobre Actitudes Políticas Internacionales (*Program on International Policy Attitudes, PIPA*) de la Universidad de Maryland, a los cuales volveré a referirme.

Una primera conclusión que puede extraerse de estos estudios es que las elecciones no otorgaron ningún mandato efectivo; o en realidad, prácticamente ni siquiera ocurrieron en ningún sentido serio de la palabra “elección”. Esto no es de manera alguna una conclusión novedosa. La victoria de Reagan en 1980 reflejó “la declinación de las estructuras partidarias organizadas, y la amplia movilización de Dios y del dinero para la exitosa candidatura de una figura otrora marginal respecto al ‘centro vital’ de la vida política de Estados Unidos”, representando “la continuada desintegración de aquellas coaliciones políticas y estructuras económicas que habían conferido cierta estabilidad y definición a la política basada en los partidos durante la última generación” (Ferguson y Rogers, 1981). En la misma valiosa colección de ensayos, Walter Dean Burnham describió a esta elección como una evidencia adicional de la “crucial peculiaridad comparativa del sistema político de Estados Unidos: la total ausencia de un partido socialista o laborista de masas como competidor organizado en el mercado electoral” (Burnham, 1981), lo que explica gran parte de las “tasas de abstención sesgadas en función de la clase social” y la mínima importancia que los electores le asignan a los temas de la campaña. En este sentido, del 28% del electorado que votó a Reagan en 1980, el 11% dio como principal razón que “es un verdadero conservador”; mientras que en la “aplastante victoria” de Reagan en 1984 –con muy poco menos del 30% del electorado– dicho porcentaje se redujo al 4%, y la mayoría de sus votantes alentaba la esperanza de que su programa legislativo no fuera adoptado.

Lo que estos prominentes politólogos describen es parte de una poderosa reacción adversa a la aterradora “crisis de la democracia” de los años sesenta, la cual amenazaba con democratizar la sociedad y que ha tenido –a pesar de los enormes esfuerzos para aplastar esta amenaza al orden y la disciplina– efectos de gran alcance sobre la conciencia y las prácticas sociales. La era posterior a los años sesenta ha estado signada por un sus-

***“Los gobernantes  
y administradores  
estatales están  
muy conscientes  
del hecho de que ya  
no tienen dicha  
libertad.***

***Las guerras  
contra ‘enemigos  
mucho más débiles’  
–los únicos objetivos  
aceptables–  
deben ser ganadas  
‘en forma decisiva  
y rápida’,  
aconsejaron  
los servicios  
de inteligencia  
del primer Bush”***

tancial crecimiento de los movimientos populares dedicados a una mayor justicia y libertad, y por un rechazo a tolerar la brutal agresión y violencia a las que previamente se les había dado rienda suelta. La guerra de Vietnam es una dramática ilustración de ello, naturalmente suprimida debido a las lecciones que enseña respecto al impacto civilizador de la movilización popular. La guerra contra Vietnam del Sur lanzada por John F. Kennedy en 1962, tras años de terrorismo de estado apoyado por los Estados Unidos que había matado a decenas de miles de personas, fue brutal y bárbara desde el comienzo: bombardeos, guerra química para destruir cosechas con miras a aplastar por medio del hambre el apoyo civil a la resistencia nativa, programas para arrear a millones de personas a virtuales campos de concentración o a decadentes ghettos urbanos para eliminar su base popular. En el momento en que las protestas alcanzaron una escala sustancial, Bernard Fall, un especialista en Vietnam e historiador militar muy respetado y bastante cercano a los halcones, se preguntaba si “Vietnam, como entidad cultural e histórica” podría escapar a la “extinción” a medida que “sus campos y selvas literalmente mueren bajo los golpes asestados por la mayor maquinaria militar jamás lanzada sobre un área de este tamaño”, en especial Vietnam del Sur, siempre el principal objetivo del asalto estadounidense. Y cuando la protesta finalmente adquirió relieve, con demasiados años de atraso, estuvo principalmente dirigida contra los crímenes periféricos: la extensión de la guerra al resto de Indochina. Crímenes terribles, pero secundarios.

Los gobernantes y administradores estatales están muy conscientes del hecho de que ya no tienen dicha libertad. Las guerras contra “enemigos mucho más débiles” –los únicos objetivos aceptables– deben ser ganadas “en forma decisiva y rápida”, aconsejaron los servicios de inteligencia del primer Bush. La dilación podría “socavar el apoyo político”, reconocidamente endeble; ciertamente un gran cambio desde el período Kennedy-Johnson cuando el ataque contra Indochina, que si bien nunca fue popular, por muchos años produjo solamente una reac-

ción limitada. Esta conclusión es todavía cierta a pesar de los horribles crímenes de guerra en Falluja —que reproducen la destrucción rusa de Grozny diez años antes— incluidos aquellos desplegados en las primeras páginas de los principales periódicos y por los cuales el liderazgo civil norteamericano podría ser sometido a la pena de muerte con la aplicación de la Ley de Crímenes de Guerra adoptada por el Congreso de mayoría republicana en 1996, y que resultó además uno de los más vergonzosos episodios en los anales del periodismo de Estados Unidos.

El mundo es bastante terrible hoy en día, pero es mucho mejor que el de ayer, no sólo respecto a la renuencia a tolerar la agresión sino también de muchas otras maneras, que ahora tendemos a dar por sentadas. De estos ejemplos se derivan significativas lecciones, a las que deberíamos siempre atribuir la máxima importancia en nuestras mentes. Por esa misma razón, tales lecciones son suprimidas en la cultura de la élite.

Volviendo a las elecciones, en el 2004 Bush recibió los votos de un poco más del 30% del electorado, y Kerry un poco menos. Las pautas de la votación se asemejaron a las del 2000, con prácticamente la misma distribución de estados “rojos” y “azules” (sea cual fuera el significado de esto). Un pequeño cambio en la preferencia de los votantes hubiera llevado a Kerry a la Casa Blanca, también diciéndonos poco sobre el país y las preocupaciones del público.

Como es habitual, las campañas electorales fueron manejadas por la industria de las relaciones públicas, capaz también de vender con similar dedicación dentífrico, drogas relacionadas con el estilo de vida, automóviles u otras mercancías. El principio que guía a esta industria es el del engaño, y su misión es la de socavar al “libre mercado” que nos enseñan a reverenciar: entidad mítica en la cual consumidores bien informados realizan elecciones racionales. En sistemas de ese tipo, casi inimaginables, las empresas suministrarían información sobre sus productos: barato, fácil, sencillo. Pero es escasamente un secreto que estas no hacen nada que se le parezca. En su lugar, procuran engañar a los consumidores para que elijan su producto en lugar de otro prácticamente idéntico. La General Motors simplemente no anuncia las características de los modelos del año próximo. En su lugar, asigna enormes sumas de dinero para crear imágenes y engañar a los consumidores presentando a astros del deporte, modelos sexy, autos que escalan barrancos verticales hacia un futuro paradisíaco, y así sucesivamente. El mundo de los negocios no gasta cientos de miles de millones de dólares al año para suministrar información. La famosa “iniciativa empresarial” y el “libre comercio” son aproximadamente tan realistas como la elección bien informada por parte de los consumidores. Lo que menos quieren los que dominan a la sociedad es el fantasioso mercado planteado por la doctrina y la teoría económica. Estos señalamientos son ciertamente muy familiares como para merecer demasiadas discusiones.



pictures © 2004 ::neonymphoto [neo@null.net]

A veces el compromiso para con el engaño es bien abierto. Las recientes negociaciones entre Estados Unidos y Australia sobre un “acuerdo de libre comercio” se vieron demoradas por la preocupación de Washington por el sistema médico australiano, tal vez el más eficiente del mundo. En particular, porque los precios de los medicamentos representan sólo una fracción de los de los Estados Unidos: los mismos medicamentos, producidos por las mismas empresas, obtienen sustanciales ganancias en Australia, si bien nada comparables a las que logran en Estados Unidos, frecuentemente con el pretexto de que los altos precios son necesarios para la investigación y desarrollo, otro engaño. Parte de la razón de la eficiencia del sistema australiano es que, al igual que otros países, Australia se apoya en las prácticas que emplea el Pentágono cuando compra, por ejemplo, broches para papel: el poder de compra del gobierno es usado para negociar los precios, lo cual es ilegal en Estados Unidos. Otra razón es que Australia ha mantenido procedimientos “basados en la evidencia” para la comercialización de fármacos. Los negociadores norteamericanos los atacaron acusándolos de ser interferencias en el mercado: a las empresas farmacéuticas se les quitan sus legítimos derechos si se les exige que presenten evidencias cuando alegan que su más reciente producto es mejor que una alternativa más barata, o cuando emiten avisos por televisión en los cuales algún héroe deportivo o modelo les dice a los espectadores que le pregunten a su médico si esta droga es “buena para usted (es buena para mí)”, a veces sin siquiera revelar para qué se supone que sirva. El derecho al engaño debe ser garantizado para las corporaciones, esas personas jurídicas inmensamente poderosas y patológicamente inmortales creadas por el activismo judicial radical de derecha en los Estados Unidos para dirigir a la sociedad.

Cuando se le asigna la tarea de vender candidatos, la industria de las relaciones públicas naturalmente echa mano a las mismas técnicas para asegurarse de que la política siga siendo “la sombra que la gran empresa arroja sobre la sociedad”, que es la forma en que John Dewey, el principal filósofo social de Estados Unidos, describió hace muchos años los resultados del “feudalismo industrial”. El engaño es empleado para socavar a la democracia, de la misma manera que es el mecanismo natural para socavar a los mercados. Y los votantes parecen estar al tanto de ello.

En las vísperas de las elecciones del 2000, aproximadamente el 75% del electorado las veían como un juego en el que participaban los contribuyentes acaudalados, los gerentes de los partidos y la industria de las relaciones públicas, que entrena a los candidatos para proyectar imágenes y emitir frases carentes de sentido que podrían ganar algunos votos. Muy probablemente sea esta la razón por la cual la población prestó poca atención a las “elecciones robadas” que mucho atribularon a los sectores con mayor educación. Y es la razón por la cual probablemente presten poca atención a las campañas sobre un supuesto fraude en el 2004. Si uno arroja una moneda al aire para elegir al rey, no causa demasiada preocupación saber si la moneda está o no adulterada.

En el 2000 el conocimiento por parte de los electores sobre la posición de los candidatos en relación a los principales temas de campaña alcanzó su punto más bajo. La evidencia actualmente disponible sugiere que podría haber sido aun más bajo en el 2004. Aproximadamente el 10% de los votantes dijeron que su elección estaría basada en los “planes de acción/ideas/programa electoral/objetivos” del candidato: 6% de los que votaban por Bush, 13% de los que votaban por Kerry (Gallup). El resto iba a votar sobre la base de lo que la industria llama “cualidades” o “valores”, que son la contrapartida política de los avisos de dentífricos. Los estudios más cuidadosos (PIPA) hallaron que los votantes tenían poca noción de la

***“El derecho  
al engaño  
debe ser  
garantizado  
para las  
corporaciones,  
esas personas  
jurídicas  
inmensamente  
poderosas  
y patológicamente  
inmortales creadas  
por el activismo  
judicial radical  
de derecha  
en los Estados  
Unidos para dirigir  
a la sociedad”***

posición de los candidatos sobre los temas que les atañían. Los que iban a votar a Bush tendían a creer que este compartía sus creencias, aunque el Partido Republicano las rechazara, con frecuencia explícitamente. Investigando las fuentes empleadas en los estudios, hallamos que lo mismo se aplicaba en general a los votantes de Kerry, a menos que atribuyamos interpretaciones altamente favorables a vagas afirmaciones que la mayoría de los votantes probablemente nunca habían oído.

Los sondeos de boca de urna hallaron que Bush ganó grandes mayorías entre aquellas personas preocupadas por la amenaza del terror y por los “valores morales”, y que Kerry ganó mayorías entre los que se preocupaban por la economía, el cuidado de la salud, y otras problemáticas similares. Sin embargo estos resultados nos dicen bien poco.

Es fácil demostrar que para los planificadores de Bush la amenaza del terror tiene baja prioridad. La invasión a Irak es uno de los muchos ejemplos de ello. Hasta sus propias agencias de inteligencia estaban de acuerdo con el consenso existente entre otras agencias y especialistas independientes de que la invasión probablemente incrementaría la amenaza del terror –como lo hizo– acarreado también probablemente una mayor proliferación nuclear –como asimismo se predijo. Tales amenazas simplemente no tienen una alta prioridad en comparación con la oportunidad de establecer las primeras bases militares seguras en un Estado-cliente dependiente en el corazón de las mayores reservas de energía del planeta, una región que desde la Segunda Guerra Mundial es reconocida como el “área de mayor importancia estratégica del mundo”, “una colosal fuente de poder estratégico, y uno de los mayores trofeos materiales en la historia mundial”. Aparte de lo que un historiador llama “ganancias que están más allá de los sueños de la avaricia”, que deben fluir en la dirección correcta, el control sobre dos tercios de las reservas estimadas de hidrocarburos del mundo –baratos y fáciles de explotar– suministra lo que Zbigniew Brzezinski recientemente denominó una “influencia crítica” sobre los rivales europeos y asiáticos, aquello que muchos años antes George Kennan había llamado “poder de veto” sobre ellos. Estas han sido preocupaciones políticas cruciales en todo el período posterior a la Segunda Guerra Mundial, y más aún en el mundo tripolar que se está desarrollando hoy, con la amenaza de que Europa y Asia podrían encaminarse a una mayor independencia, y para peor, podrían unirse. China y la UE se transformaron en el 2004 cada una en el mayor socio comercial de la otra, unidas por la segunda economía en tamaño en el mundo (Japón), tendencias que probablemente habrán de acrecentarse en el futuro. Ciertamente una mano firme en el grifo petrolero reduce dichos peligros.

Nótese que la cuestión crucial es el control, no el acceso. Las políticas de Estados Unidos para con Medio Oriente eran las mismas cuando era un exportador neto de petróleo, y siguen siendo las mismas hoy, cuando la inteligencia estadounidense proyecta que Estados Unidos se sustentará en recursos petroleros más estables obtenidos de la



pictures © 2004 ::neonymphoto [neo@null.net]

Cuenca Atlántica. Es de esperar que las políticas sean aproximadamente las mismas si Estados Unidos fuese a optar por la energía renovable. La necesidad de controlar la "colosal fuente de poder estratégico" y de obtener "ganancias que están más allá de los sueños de la avaricia" proseguiría sin mayores cambios. Las maniobras referidas al Asia Central y al trazado de los oleoductos reflejan similares intereses.

Hay muchas otras ilustraciones de la misma falta de preocupación por el terror por parte de los planificadores. Los que votaron a Bush estaban votando, lo supieran o no, por un probable incremento en la amenaza del terror, el cual podría ser realmente imponente. Se sabía, mucho antes del 11 de septiembre, que tarde o temprano los "jihadistas" organizados por la CIA y sus asociados en los años ochenta probablemente obtendrían acceso a armas de destrucción masiva (ADM), con sus horribles consecuencias. Incluso estas amedrentadoras perspectivas están siendo incrementadas a sabiendas con la "transformación de las Fuerzas Armadas", la cual, amén de aumentar el peligro del "desastre final" debido a una guerra nuclear accidental, está obligando a Rusia a trasla-

dar misiles nucleares a lo largo de su enorme y mayormente desprotegido territorio para contrarrestar las amenazas militares de Estados Unidos. Estas amenazas incluyen la posibilidad de aniquilamiento instantáneo, que es una parte esencial de asegurar la "propiedad del espacio" para fines militares ofensivos anunciada por el gobierno de Bush junto con su Estrategia Nacional de Seguridad a fines de 2002, ampliando significativamente programas de la era Clinton que ya eran suficientemente peligrosos y que habían inmovilizado al Comité de Desarme de la ONU.

En cuanto a los "valores morales", nos enteramos de lo que necesitamos saber sobre ellos en la prensa económica al día siguiente de la elección, cuando informaron sobre la "euforia" que prevalecía en las salas de juntas de los directorios y no porque los grandes gerentes se opusieran al matrimonio homosexual. Su felicidad era producida por los desembozados esfuerzos de los planificadores de Bush para transferir a futuras generaciones los costos del dedicado servicio prestado al privilegio y la riqueza: costos fiscales y ambientales, entre otros, por no hablar del peligro del "desastre final". Haciendo salvedad de ello, poco cuenta decir que la gente vota sobre la base de "valores morales". La cuestión es qué se quiere significar con esa frase. Las limitadas indicaciones existentes son de cierto interés. En algunas encuestas, "cuando se les pidió a los votantes que eligieran la más urgente crisis moral enfrentada por el país, el 33% citó 'codicia y materialismo', el 31% eligió 'pobreza y justicia económica', el 16% mencionó al aborto, y el 12% seleccionó el matrimonio homosexual" (Pax Christi). En otras encuestas, "cuando se pidió a los votantes que listaran la cuestión moral que más influyó su voto, la guerra de Irak se ubicó primera con 42%, mientras que el 13% mencionó el aborto y el 9% mencionó el matrimonio homosexual" (Zogby). Sea lo que sea lo que los votantes hayan querido significar, escasamente se puede haber tratado de los valores morales operativos impulsados por el gobierno y tan celebrados por la prensa económica.

No entraré en detalles aquí, pero una mirada cuidadosa indica que a grandes trazos lo mismo parece ser válido para los votantes de Kerry que creían que estaban llamando a prestar una seria atención a la economía, la salud, y otros temas de su interés. Al igual que en los falsos mercados construidos por la industria de las relaciones públicas, así también en la falsa democracia que maneja dicha industria el público es poco más que un espectador irrelevante, más allá del atractivo de imágenes cuidadosamente fabricadas que tienen sólo una vaga semejanza con la realidad.

Pasemos a las evidencias más serias respecto a la opinión pública: los estudios que mencioné anteriormente, y que fueron difundidos poco antes de las elecciones por algunas de las instituciones más respetadas y confiables que observan la opinión pública con regularidad. He aquí algunos de los resultados del CCFR: una gran mayoría del público cree que Estados Unidos debería aceptar la jurisdicción de la Corte Penal Internacional

y de la Corte Internacional de Justicia, firmar los protocolos de Kyoto, permitir a la ONU tomar el liderazgo en las crisis internacionales, y apoyarse más en medidas diplomáticas y económicas que en las militares en la "guerra contra el terror". Comparables mayorías creen que Estados Unidos debe recurrir a la fuerza sólo si hay "fuerte evidencia de que el país se halla en inminente peligro de ser atacado", rechazando así el consenso bipartidario sobre la "guerra preventiva" y adoptando una interpretación bastante convencional de la Carta de la ONU. Una mayoría incluso está a favor de abandonar el veto en el Consejo de Seguridad, acatando de tal manera el liderazgo de la ONU aun si no es de la preferencia de los gobernantes norteamericanos. Cuando se cita en la prensa al "moderado oficial" de la administración, Colin Powell, diciendo que Bush "ha obtenido un mandato del pueblo norteamericano para continuar aplicando su 'agresiva' política exterior", se está apoyando la convencional presunción de que la opinión popular es irrelevante para las decisiones políticas que tomen los que mandan.

Es instructivo examinar más de cerca las actitudes populares sobre la guerra de Irak a la luz de la oposición generalizada a las doctrinas de la "guerra preventiva" expresadas por el consenso bipartidario. En vísperas de las elecciones de 2004, "tres cuartas partes de los norteamericanos dicen que Estados Unidos no debería haber hecho la guerra si Irak no poseía ADM o no estaba prestando apoyo a Al-Qaeda, mientras que casi la mitad todavía afirma que la guerra fue la decisión correcta" (Stephen Kull, informando sobre el estudio de PIPA que conduce). Pero esto no es una contradicción, señala Kull. A pesar de los informes semi-oficiales de Kay y Duelfer que socavan estas afirmaciones, la decisión de ir a la guerra "se apoya en persistentes creencias por parte de la mitad de los norteamericanos de que Irak suministró un sustancial apoyo a Al-Qaeda y tenía ADM, o al menos un importante programa de ADM", y por lo tanto ve a la invasión como una defensa contra una amenaza severa e inminente. Estudios muy anteriores de PIPA habían mostrado que una gran mayoría cree que la ONU, no Estados Unidos, debería ejercer el liderazgo en temas de seguridad, reconstrucción y transición política en Irak. En marzo pasado, los votantes españoles fueron amargamente censurados por su debilidad frente al terror cuando removieron de su puesto al gobierno que había ido a la guerra en contra de las objeciones de aproximadamente el 90% de la población española, siguiendo órdenes emanadas desde Crawford (Texas) y obteniendo aplausos por su liderazgo de la "Nueva Europa" que es la esperanza de la democracia. Casi ningún comentarista notó que en marzo pasado los votantes españoles estaban adoptando aproximadamente la misma posición que la gran mayoría de los estadounidenses: votando por retirar las tropas españolas a menos que estuvieran bajo el mando de la ONU. La principal diferencia entre los dos países es que en España la opinión pública era conocida, mientras que aquí se requiere un proyecto individual de investigación para descubrirla; y en España la cuestión fue sometida a una votación, algo casi inimaginable en nuestra cada vez más deteriorada democracia formal. Estos resultados indican que los activistas no han realizado eficazmente su trabajo.

Pasando a otras áreas, aplastantes mayorías del público están a favor de expandir los programas internos: en primer lugar el cuidado de la salud (80%), pero también la asistencia a la educación y la Seguridad Social. Durante largo tiempo se han obtenido similares resultados en estos estudios (CCFR). Otros sondeos del *mainstream* informan que el 80% está a favor de una cobertura garantizada de salud aun si esto significara aumentar los impuestos: en realidad, un sistema nacional de atención de la salud probablemente reduciría los gastos en considerable medida, al evitar los grandes costos de la burocracia, supervisión, tramitación, etc., algunos de los factores que hacen del sistema privado de Estados Unidos el más ineficiente del mundo industrializado. La opinión pública se ha mantenido estable por un largo tiempo, variando los números según cómo se formulen las preguntas. Los hechos son a veces debatidos en los medios, tomando nota de las preferencias públicas pero desechándolas por ser "políticamente imposibles". Esto sucedió nuevamente en vísperas de las elecciones de 2004. Unos pocos días antes (el 31 de octubre), el *New York Times* informó que "hay tan poco apoyo a la intervención gubernamental en el mercado del cuidado de la salud en Estados Unidos que el senador John Kerry se esmeró en afirmar en un reciente debate presidencial que su plan para expandir el acceso al seguro médico no crearía un nuevo programa gubernamental", lo que la mayoría aparentemente quiere. Pero esto es "políticamente imposible" y tiene "[demasiado] poco apoyo político", lo cual significa que las empresas de seguros, las administradoras de salud, las industrias farmacéuticas, Wall Street, etc., se oponen.

Es notable que tales puntos de vista sean sostenidos por las personas en forma prácticamente aislada. Rara vez los oyen en otras partes, y es posible que los entrevistados consideren que sus propios puntos de vista son simplemente idiosincrásicos. Sus preferencias no participan en las campañas políticas, y sólo marginalmente reciben algún refuerzo por parte de la opinión expresada en los medios y revistas especializadas. Lo mismo se aplica a otros campos.

¿Cuáles hubieran sido los resultados de la elección si los partidos, cualquiera de ellos, hubieran estado dispuestos a articular las preocupaciones de la gente sobre los temas que consideran de vital importancia? ¿O si dichos temas pudieran ingresar a la discusión pública dentro del *mainstream*? Sólo podemos aventurar opiniones sobre ello, pero lo que sí sabemos es que no ocurre, y que sobre los datos reales rara vez siquiera se informa. No parece ser demasiado difícil imaginar cuáles podrían ser las razones de ello.

En suma, de las elecciones aprendemos muy poco que sea realmente significativo, pero podemos aprender mucho de los estudios de opinión pública que son mantenidos en la penumbra. Aunque es natural que el sistema de ideas dominantes intente inducir pesimismo, desesperanza y desesperación, las verdaderas lecciones son bien distintas. Son alentadoras y esperanzadoras, y muestran que hay sustanciales oportunidades para



pictures © 2004 ::neonyme.photo [neo@null.net]

la educación y organización, incluyendo el desarrollo de potenciales alternativas electorales. Al igual que en el pasado, los derechos no serán otorgados por autoridades benévolas, o conquistados por acciones intermitentes: unas pocas grandes manifestaciones tras las cuales uno se va a casa, o emitiendo el sufragio en los espectáculos personalizados realizados cada cuatro años y que son retratados como “política democrática”. Como lo han sido siempre en el pasado, las tareas requieren una entrega cotidiana para crear —en parte, recrear— las bases de una cultura democrática operativa en la cual el público cumpla cierto papel en la determinación de las políticas, no sólo en el campo político del cual es en gran medida excluido, sino también en el crucial terreno de la economía, del cual es excluido por principio.

## Bibliografía

- Burnham, Walter Dean 1981 “The 1980 Earthquake” in Ferguson, Thomas and Rogers, Joel *The Hidden Election* (New York: Pantheon Books).
- Ferguson, Thomas and Rogers, Joel 1981 *The Hidden Election: Politics and Economics in the 1980 Presidential Campaign* (New York: Pantheon Books).
- Steinbruner, John and Gallagher, Nancy Summer 2004 “Prospects for global security” in *Daedalus, journal of the American Academy of Arts and Sciences*, Vol. 133, Issue 3.